

Rubén FLORIO, *Transformaciones del héroe y el viaje heroico en el «Peristephanon» de Prudencio*. Bahía Blanca (Argentina), Ediuns, 2001, 370 pp.

Para un individuo corriente, no sólo de nuestros días sino de cualquier época, la figura del mártir resulta, como poco, pintoresca, pues si hay algo que caracteriza al género humano, al margen de su raza, sexo o condición, es su instinto de conservación de la vida. El mártir paradigmático adolece de este rasgo y se encamina hacia la muerte despreciando una vida terrenal, en vistas de alcanzar una meta más excelsa, algo que le distancia de cualquier hombre, por muy irreprochable que resulte su conducta moral.

Es precisamente esta distancia la que trata de reducir Rubén Florio tomando como base al mártir cristiano que Prudencio dibuja en su *Peristephanon* y trasponiéndolo al prototipo del héroe clásico. Su objetivo principal es demostrar que el cristianismo, al menos el de época temprana, no obstante erigirse como un claro detractor del paganismo, se valió de un buen número de elementos clásicos para difundir el nuevo mensaje, y para ello focaliza en cómo el modelo de héroe, con sus distintas variantes, constituye el molde para la elaboración del nuevo paradigma heroico de la doctrina cristiana: el mártir.

A nuestro modo de ver, la obra *Transformaciones del héroe y el viaje heroico en el «Peristephanon» de Prudencio* se articula a través del desarrollo de tres aspectos fundamentales, no coincidentes en todos los casos con las divisiones internas de la misma. Uno de ellos, quizá el primordial, es, como ya hemos comentado, la transposición del esquema del héroe clásico al mártir cristiano y cómo éste cristaliza en Prudencio (pp.9-66). El compromiso con un noble objetivo, la demostración de un esfuerzo y valor excepcionales, la entrega absoluta en la batalla por los principios defendidos y la resistencia ante la adversidad son algunos de los rasgos más representativos de los mártires y que remiten al arquetipo heroico; sin embargo los puntos claves que aproximan a aquellas figuras que *a priori* parecían tan distantes son dos: por un lado, la lucha, un elemento intrínsecamente ligado a la épica, constituye una característica inherente a los mártires, pues el cristiano no es un hombre *impassibilis* sino alguien que combate por la salvación del mundo y por la suya propia, se considera un soldado de la fe que forma parte de la milicia de Cristo y por ello sostiene una guerra con todo aquel que se oponga a sus creencias –hay que remarcar, no obstante, que la lucha emprendida por los mártires es siempre dialéctica, nunca armada, recogiendo el *dictis, non armis* de Lucrecio. Por otro, la importancia que cobra la muerte en la existencia de estos personajes supone otra semejanza básica: la muerte heroica es el desafío mayor del héroe, de manera que la intrepidez que demuestre frente a ella le valida como ser excepcional y establece la victoria sobre su condición mortal; la muerte para el mártir constituye la única forma de liberar el alma de su cárcel corpórea, por lo que supone su máxima meta y triunfo. No obstante, como remarca Florio, existen dos disimilitudes esenciales entre ambos paradigmas que atañen directamente a los fundamentos de la nueva doctrina: en primer lugar, a diferencia del héroe clásico, que debía pertenecer a un determinado rango social que le hiciera noble, el cristiano sólo tenía que seguir el modelo de su mentor, Cristo, para con-

vertirse en mártir, pues ésta era una religión que no hacía ni aceptaba esa clase de distinciones; en segundo lugar, la finalidad última del héroe, quien se desenvuelve en un contexto literario que se fundamenta en la relación de las hazañas de los hombres, no puede ser la misma que la del mártir cristiano, cuyas inquietudes traspasan el umbral de lo terrestre.

El segundo gran aspecto que Rubén Florio desarrolla en este trabajo es el del viaje heroico, no sólo en sus rasgos más generales e importantes, sino también en las variantes más significativas del mismo (pp.67-138). Como no podía ser de otra manera, comienza prestando atención a cómo se ven representados en el género hagiográfico los elementos principales de los viajes heroicos por excelencia: el *nostos* de Ulises y el exilio de Eneas. La estructura tripartita que ofrecen estos itinerarios –la partida del lugar cotidiano, el ingreso en una región ignota y el retorno a un mundo que cobrará un sentido nuevo– es perfectamente aplicable no sólo al viaje emprendido por determinados mártires descritos en el *Peristephanon*, como Santa Eulalia, sino también a la peregrinación interna que experimenta el alma de todo cristiano, su *iter saluationis*, en un entorno ajeno al que consideraba su morada original, el cielo.

Por otra parte, en la *Eneida*, Virgilio, además de relatarnos el periplo que Eneas realizó desde la devastada Troya hasta el Lacio, nos habla de otro viaje más inalcanzable para el resto de los mortales: el descenso a los infiernos. Para Cipriano y Vicente, mártires retratados por Prudencio, la cueva, gruta o *antrum*, como el propio autor denomina parafraseando a Virgilio, es como una cárcel: las cárceles que Prudencio pinta en su *Peristephanon* constituyen lugares de revelación y simbolizan el cuerpo, el mundo, algo que funciona como prisión del alma y que opera la liberación del pecador.

Rubén Florio también analiza un subtipo, algo más discutible a nuestro entender, de lo que él considera el motivo del viaje heroico: el laberinto. Sobre todo a través de la narración de la historia de Hipólito, mártir que fue despedazado por un caballo y cuyos miembros fueron desperdigados para evitar el culto a sus reliquias, Prudencio desarrolló la famosa metáfora de la bifurcación del camino según los ingredientes tradicionales de los cánones clásicos, pero adaptándolo a la idiosincrasia del cristianismo: alegoría sobre la condición existencial experimentada por todos los cristianos desde los primeros tiempos de las persecuciones y el triunfo de su fe sobre todos los obstáculos. A pesar de que la interpretación que nos ofrece Florio sobre el papel del laberinto en la literatura cristiana nos parece hartamente acertada, lo cierto es que no nos queda tan clara su contrapartida en la clásica, donde su representación parece tener una intencionalidad más efectista que metafórica.

Con todo, cualquier viaje debe tener su final, y Rubén Florio considera que existe una frase que resume a la perfección cuál es el destino último tanto del viaje heroico como del cristiano: *Nos exaequat uictoria caelo*. Lucrecio emplea esta proposición en su *De rerum natura* para describir el momento culminante del itinerario que el héroe ha llevado a cabo después de triunfar sobre todos los obstáculos, alcanzando una victoria que no es sólo personal sino colectiva. Bajo esa realidad subyace un proceso que implica una natural inversión y contraste entre la inicial precariedad y el orgullo presente hacia el que se ha ascendido, y es precisamente de este trueque del que se nu-

tren casi todos los himnos del *Peristephanon*: el aparentemente seguro triunfo del paganismo sufre un severo golpe mientras que el cristianismo se afirma y fortalece gracias a sus nuevos héroes.

Cambiando radicalmente de tercio, el tercer gran aspecto que, a nuestro juicio, Rubén Florio expone en este trabajo es la perdurabilidad de ciertos elementos culturales heroicos en los rituales asociados a los mártires o a sus reliquias (pp.139-174). Tanto héroes como mártires destacan por sus rasgos físicos y morales, así como por hacer gala de una conducta excéntrica; ello les convierte en modelos a seguir por una determinada comunidad y provoca el casi inmediato establecimiento de su culto: ritos asociados a la preservación de su memoria, a su lugar de descanso eterno, a sus *monumenta*... En el *Peristephanon* Prudencio da indicaciones sobre la ubicación exacta de las tumbas, los días en los que se fijan los cultos o las ofrendas con que debían ser obsequiados, elementos todos comunes al culto heroico antiguo que aparecen, por ejemplo, en Virgilio. No obstante, el rasgo que más identifica y relaciona a paganos y cristianos en este contexto atañe precisamente a los cultos que se celebraban en su honor por atribución de poderes excepcionales: los santos y los mártires se erigen como los herederos directos de la noción de patronazgo que ya poseían los héroes clásicos, pues normalmente se les constituía un culto de carácter cívico tras su muerte.

Rubén Florio, tras analizar el papel que todos los elementos aquí expuestos juegan en el *Peristephanon* y compararlo con el uso que de ellos hacen otros autores cristianos (pp.175-222), concluye que Prudencio vivió en una época en la que se estaba produciendo una confluencia de tendencias, de manera que de forma consciente recreó la tradición épica clásica adaptando el arquetipo heroico a la idiosincrasia del cristianismo. No hay que olvidar que los romanos que se convertían a la nueva religión no dejaban de ser romanos, su realidad histórica y tradición cultural seguían siendo las mismas, de modo que lo que Prudencio, entre otros, promovió, fue el sincretismo de dos culturas en el que confluían la romanidad de un Imperio y la espiritualidad de una Iglesia cristiana, es decir, un *exemplum* antiguo y un nuevo *ethos* cristiano.

Tras haber realizado una muy somera revisión de lo que Rubén Florio nos expone en este trabajo, deseamos recomendar vivamente la lectura del mismo. El autor, especialista en el campo de la tradición clásica, presenta un libro muy completo e ilustrador sobre una obra perteneciente a un autor –Prudencio–, una época –s. IV-V d. C.– y un género –el hagiográfico o historia de la vida de los santos/mártires– poco conocido por el gran público. A pesar de que, como ya hemos comentado, el ámbito en el que la obra se desarrolla es el de la tradición clásica, lo cierto es que las consideraciones realizadas no quedan circunscritas únicamente al contexto literario sino también al social, histórico y cultural; y precisamente por eso estimamos que la lectura de este libro puede resultar gratificante y de interés para cualquier lector que desee conocer dónde se asientan sus raíces, puesto que en la base de la cultura occidental actual está el cristianismo, y entre los fieles sigue siendo muy común profesar devoción a los santos.

Transformaciones del héroe y el viaje heroico en el «Peristephanon» de Prudencio es un trabajo que presenta tanto una prosa como una distribución cuidada pero cla-

ra al mismo tiempo; pese a no tratarse de una obra de carácter expresamente divulgativo, lo cierto es que gracias al tono general de la misma y a la inclusión de traducciones de aquellos pasajes citados en latín se descubre mucho más accesible a cualquier tipo de lector.

Nuria DEL CASTILLO LEBOURGEOIS
Universidad Complutense de Madrid

Maurilio PÉREZ GONZÁLEZ (dir.), *Lexicon Latinitatis Medii Aevi Regni Legionis (s. VIII-1230) Imperfectum. Léxico latinorromance del Reino de León*, Turnhout, Brepols, 2010, LXXVII+805 pp.

En el *Corpus Christianorum* de la editorial Brepols apareció en 2010 el *Lexicon Latinitatis Medii Aevi Regni Legionis (s. VIII-1230) Imperfectum. Léxico latinorromance del Reino de León* (abreviado mediante las siglas LELMAL), elaborado por un equipo de diez redactores bajo la dirección del Dr. Maurilio Pérez González de la Universidad de León. Ideado en torno a 1982, el presente diccionario es fruto de casi treinta años de trabajo en los que se ha afrontado la constitución *ex novo* de una obra lexicográfica latino-medieval a partir del tratamiento informático de *corpora* de textos; en este proceso, tras la informatización de las obras y documentos, se procedió a la creación de concordancias y, en último término, a la composición de las entradas del diccionario, aún incompleto tal como indica su título, que los redactores han abordado no por orden alfabético, sino cubriendo campos léxicos más o menos latos en virtud de su especialidad.

El *corpus* analizado para la elaboración del LELMAL consta de las crónicas históricas y los documentos diplomáticos pertenecientes al reino de León, en el arco cronológico comprendido entre el s. VIII y la unificación con Castilla en 1230, haciendo excepción justificada (*Prólogo*, p.VI) de los textos procedentes de Galicia, así como de los epigráficos, poco numerosos. El cómputo total de obras, listadas en las pp.XVIII-XXII, asciende a 8 crónicas y 45 colecciones diplomáticas, aunque en el caso de estas últimas no todas se han analizado en el mismo grado; las crónicas se identifican mediante la abreviatura de su título (e.g., Sil. = *Historia Silense*), mientras que para las colecciones diplomáticas, que abarcan todas las publicadas hasta el año 2001, se ha dispuesto un cómodo sistema de siglas bilíteras mayúsculas (e.g., CN = *Monasterio de Cornellana*), con la intención de que las siglas trilíteras puedan hacer referencia a las colecciones castellanas, en una ulterior expansión del *corpus* y de la obra que dé cuenta del léxico latino castellano y leonés (el LEMACEL, *Lexicum Latinitatis Medii Aevi Castellae Et Legionis (s. VIII-1230)*, *Prólogo*, p.VI). En estos casi diez mil diplomas, las fórmulas jurídicas arcaizantes y tradicionales, en ocasiones deturpadas, se mezclan con léxico plenamente romance, con arabismos y germanismos, dando lugar a un campo de estudio muy rico desde el punto de vista lingüístico y justificando el calificativo de «latinorromance», con que los autores subtítulan su obra.